

1252 Jaque de 12

~~1252~~

Religion cristiana: verdad y santidad
de sus dogmas, moral y culto.

387

10

1870

44

LA RELIGION CRISTIANA,
considerada en sus dogmas, moral y culto,
es la doctrina mas admirable y sublime de verdad y santidad.

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL,

POR EL PRESBITERO

DON MANUEL DIEZ Y ROYO,

LICENCIADO

EN SAGRADA TEOLOGÍA,

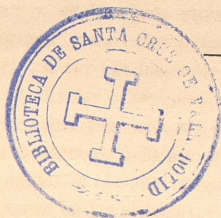
DIRECTOR Y CATEDRÁTICO

DEL COLEGIO DE 2.^a CLASE DE GALATAYUD,

en el acto solemne

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR EN DICHA FACULTAD,

EL DIA 28 DE ENERO DE 1860.



MADRID: 1860.

Imp. Española de los Sres, Nieto y Comp., Torija, 14, bajo.

VVA. BHSC. LEG.05-1 n0387

U/Bc LEG 5-1 n0387

HTCA



1>0 0 0 0 2 7 9 4 0 1

LA REVISTA DE LA

DISCURSO

UNIVERSIDAD CENTRAL

DON MANUEL DIEZ Y ROYO

EN LA CATEDRA DE

INSTITUCIONES

El presente discurso es el primero de una serie de conferencias que se celebraron en la Universidad Central de Madrid, en el curso de 1880-1881. El autor, don Manuel Diez y Ryo, es un eminente jurista y economista español. El discurso trata de las instituciones económicas y sociales de España, y de las reformas que se necesitan para mejorarlas. El autor analiza el estado de las cosas en España, y propone un programa de reformas que incluye la mejora de la agricultura, el comercio, la industria, y la educación. El discurso es un documento importante de la historia económica y social de España.

Excmo. é Ilmo. Sr. :

Hubo un tiempo en que cubrian toda la tierra las mas groseras y ridiculas supersticiones; hace diez y ocho siglos, solo una nacion, la de los Judíos, adoraba al único Dios verdadero; pero entónces muy oscura y despreciada, y la luz que brillaba en ella era como un débil resplandor, apenas perceptible entre inmensas tinieblas: los demás pueblos estaban sepultados en una profunda noche, y el mundo entero era idólatra; y el hombre, estraviada su razon por los sentidos, se degrada, y dá culto á unos dioses que vé arrastrarse por el suelo, pacer por los campos, brotar en los jardines, y tiembla hasta el leño y la piedra que él mismo ha labrado. Y no se piensa que tan solo los pueblos bárbaros y salvajes rendian ese homenaje á la Divinidad: el entendimiento del hombre se confunde al observar que las naciones, que tantos progresos hicieron en las ciencias y artes, cayeron en el politeismo; y su sabiduria, y sus ponderadas leyes de Egipto, y el genio

y civilizacion de los Griegos, y la politica y gravedad de los Romanos no los salvaron del contagio universal.

Si la historia ó el culto de aquellos dioses hubiera sido capaz de hacer al hombre mejor, ó si la celebracion de sus misterios y de sus fiestas hubiera escitado en las almas sentimientos sublimes de virtud, y si hubiera salido de sus templos con un deseo mas sincero de cumplir sus obligaciones, y con costumbres mas puras; pero al contrario, su corazon, seducido por las pasiones, habia poblado el Olimpo de dioses infames y crueles; un Júpiter incestuoso, un Marte sanguinario, un Baco disoluto y una Vénus prostituta; y las Bacanales, las Lupercales y Saturnales eran escesos de barbárie en honor de sus dioses; daban culto á sus divinidades, sacrificando victimas humanas; se deleitaban en sus espectáculos con la lucha de los gladiadores; los niños eran caprichosamente inmolados; no habia honor para la mujer; las guerras eran de esterminio, y acababan con la destruccion de las ciudades ó esclavitud de sus habitantes.

Y cuando el politeismo, tan degradante á la divinidad, se habia apoderado del corazon humano, no obstante su culto manchado con sacrificios humanos y su moral torpe y sensual, Jesucristo, esperado por los Patriarcas y anunciado por los Profetas, vino al mundo, y estableció la Religion cristiana que, considerada en sus dogmas moral y culto, es la doctrina mas admirable y sublime de verdad y santidad: tal es, Excelentísimo é Ilustrísimo Señor, el tema de este discurso: reconozco mis débiles fuerzas para desenvolver el asunto que me he propuesto: solo confio en vuestra indulgencia y la de este ilustrado Cláustro.

La Religion cristiana, apoyada en grandes hechos históricos, consignados en los monumentos mas irrecusables, en hechos mejor probados que los de Sócrates, tiene tambien sus dogmas, sus misterios. El Dios que adoramos es incomprendible, y esta es la denominacion que le caracteriza mas

completamente. No es bastante decir que es el ser soberanamente bueno, sábio é inteligente; es preciso añadir como dice Bourdaloue, que es bueno, pero incomprendible su bondad; sábio, pero incomprendible su sabiduría; inteligente, pero incomprendible su inteligencia; ¿y siendo obra suya la Religion, no deberá llevar el sello de su autor? Las obras del hombre son limitadas como él; pero las de Dios, que es un ser infinito, deben participar en algun modo de su infinidad. Sí, Excmo. é Ilmo. Sr.: en la Religion, lo mismo que en la naturaleza, es Dios á un tiempo visible é invisible; es visible, porque ha rodeado la mision de Jesucristo y de los Apóstoles de una luz celestial, en que la razon encuentra los motivos de su creencia, y por esto es racional nuestra fé; es invisible, por la naturaleza impenetrable de la doctrina que mandó anunciarnos.

Entre los dogmas que nos ofrece la Religion cristiana, y que nos revelan su doctrina sublime y santa, se halla el de esa culpa original y hereditaria que ha corrompido al genero humano en su origen, y le ha despojado de su nobleza primitiva. El filósofo se admira de ver en el hombre esa mezcla de pasiones bajas y de deseos celestiales, de amor á la virtud y de propension al vicio, esa inclinacion que se experimenta al mal, y la dificultad que todos sentimos para hacer el bien. Considerado así el hombre, es un enigma inconcebible á sí mismo. ¿Y quién le descifrá? La Religion viene en socorro de la razon desordenada, revelándonos claramente lo que algunos sábios de la antigüedad pagana parecían haber sospechado, y se conservó confusamente en la tradicion de todos los pueblos, como la fábula de Prometéo, y lo que los poetas han cantado bajo del nombre de edad de oro y edad de hierro. La Religion, pues, nos enseña que el hombre no salió de las manos del Criador tal como es hoy, y que en el órden actual ya no es sino un ser degradado, un rey destronado, pero que conserva todavía en su misma degradacion rasgos de su pri-

mitiva grandeza. Tal es el dogma de la propagacion del pecado original, que invade á todos los hombres desde su nacimiento, manchando á la naturaleza humana.

Es tambien un gran misterio el de un Dios que se ha dignado unirse á nuestra naturaleza; pero cuán admirablemente hace resaltar los atributos divinos y la dignidad de nuestra alma. Temible debe ser su justicia, cuando solo quiso aplacarse por los ruegos del hombre-Dios; enorme la malicia del pecado que ha necesitado de tal víctima para su expiacion. Este es el misterio de la Encarnacion y Redencion que borra en el alma la mancha original y demás culpas voluntarias, proporcionando al hombre abundantes gracias por la muerte de Jesucristo para confirmar la voluntad, y poder arribar á lo árduo y difícil del cristianismo. Este misterio se apoya en el de la Trinidad, y adoramos á un solo Dios en tres personas, que subsisten en la identidad de naturaleza divina, dándonos una idea sublime de Dios. Es un gran misterio el de la Eucaristia, como le profesaba el mundo entero antes del siglo XVI, y le profesan gran número de naciones católicas, convirtiéndose en un manantial de aguas saludables que esparcen la vida y la fecundidad. La primera participacion de este divino misterio forma para los fieles una época preciosa. La admision á la sagrada mesa se presenta desde luego á la infancia como el mas glorioso y tierno de todos los favores, ¿y cuántos actos heroicos de virtud habrá inspirado al cristiano el deseo de hacerse menos indigno de participar de ese divino banquete?

En los principales misterios que nos presenta la Religion cristiana, todo se enlaza. El dogma del Verbo encarnado, supone el de la Trinidad; el de la Redencion, supone el del pecado original, y los misterios de la gracia están enlazados con los de la Redencion. A una culpa de malicia infinita, se sigue un reparador de un mérito infinito, y un remunerador de una magnificencia infinita, supone un vengador de una justicia infinita.

Los dogmas nos proporcionan ideas elevadas de Dios, de su justicia y de su bondad: ilustran al hombre sobre su origen y destino, le humillan sin desalentarle y le elevan sin engreírle. Son la base de la moral: tienen con esta un enlace íntimo; y si el hombre olvida y confunde la idea de la divinidad y sus atributos, también la moral ya no ejerce ninguna influencia sobre el corazón humano. La existencia de un Dios único y supremo, de una providencia, de una culpa original, de una rehabilitación del hombre, son medios para reprimir los vicios; y conducido así el hombre por la Religión, se eleva hasta el mismo Dios; pero si se aparta de aquel que es su verdadero bien, la humildad, la misericordia, mansedumbre, caridad, esperanza, la fe, el perdón de las injurias, la penitencia, ya no dirigen su corazón: en sus acciones no se ve sino la satisfacción de sus pasiones. La moral que debe practicarse, encuentra su apoyo en los dogmas que deben creerse.

El mundo gentil que confundió la idea de Dios y de sus perfecciones, que fué idólatra, presentaba un cuadro sombrío en las costumbres, cuando se anunció la moral evangélica. Herida en su corazón la sociedad antigua, presentaba la corrupción mas asquerosa. La moral sin base, las costumbres sin pudor, las pasiones sin freno, las leyes sin sanción, y una gran parte del género humano gemía en la mas dura esclavitud. La idolatría había perdido su fuerza para librar al género humano de la disolución social que le amenazaba. Si observamos la relajación de costumbres, la flojedad de los ánimos, la afeminación y el lujo, y las repugnantes diversiones y asquerosos placeres que nos ofrece el paganismo, se vé claramente que las ideas religiosas, faltas de eficacia, ejercían escaso ascendiente sobre el ánimo de los pueblos, y solo servían de un modo lamentable como instrumentos de disolución.

Habían ya pasado muchos siglos; ya hombres, extraordinarios por su talento, ciencia y descubrimientos, habían brillado entre las naciones; ya habían aparecido conquistadores, filóso-

fos, legisladores, poetas y oradores ilustres; ya Grecia habia tenido un Homero, un Solon, un Licurgo, un Caton y un Demóstenes; la Roma pagana habia dado á la humanidad un Numa, un Caton, un Ciceron y un Virgilio: el tiempo habia desplegado todos los escesos y todos los crímenes, que debian producir supersticiones impuras ó crueles; pero el tiempo no proporcionaba nuevos conocimientos acerca de la moral ni la reforma de costumbres, y la ciencia manifestó su impotencia para fundar una nueva sociedad, y restituir el equilibrio perdido.

La nacion Judáica, dirigida por el mismo Dios, tenia á Moisés por legislador, autor inspirado de una ley admirable sin duda; pero el código de sus leyes no tenia toda la perfeccion del Evangelio; era un bosquejo de este, y como la aurora de un sol de verdad que debe salir para disipar las tinieblas de la idolatría.

Un código de moral igualmente sencillo que puro, lleno de máximas humanas, sin mezcla de errores funestos, y que trazando á todos el camino del deber, abra á los corazones generosos la carrera de una perfeccion sin límites; un código que se adapte á todos los climas, y que en la universidad de sus preceptos comprenda á todo el género humano desde el pueblo errante bajo de tiendas, hasta el que ha llegado á lo sumo de la civilizacion; un código que perfeccione todas las virtudes domésticas y civiles, purifique todos los afectos legitimos é impida sus escesos, de modo que la amistad no degenera en débil condescendencia, el valor en ferocidad; un código, en fin, que apoyado en dogmas invariables, presente siempre al lado del precepto el mas poderoso motivo para practicarle; que ofrezca por los sacrificios, que exige, indemnizaciones inmensas, y coronas inmortales para alentar al hombre al bien, y el rayo vengador para aterrar al malo: un código tan completo de leyes morales donde nada falte, ni en cuanto á la belleza de los preceptos, ni á la eficacia de los motivos; en vano, Excelen-

tísimo é Ilustrísimo Señor, le pedireis á la antigüedad pagana; no le hallareis ni en la escuela de Sócrates, ni en la de Zenon: este código perfecto es el Evangelio.

Un nuevo orden de cosas ofrece la sociedad cuando se propaga la Religion Cristiana: anuncia á los pueblos en toda su plenitud verdades capitales, y que son el sólido fundamento de toda moral y de toda virtud. Donde mas brilla la sublimidad y santidad del Evangelio, donde mas revela su carácter divino y sobrenatural, es en las Bienaventuranzas, doctrina superior á todo cuanto el entendimiento del hombre habia pensado; cuánta elevacion y sublimidad hay en estas palabras! « Bienaventurados los pobres... Bienaventurados los que lloran... Bienaventurados los que son perseguidos... » Moral divina y santa que aconseja renunciarse á sí propio, llevar una cruz, morir á todo para poder vivir, perderse para salvarse, abandonarlo todo para todo poseerlo. Estos consejos evangélicos, inflamando el corazon de los cristianos, poblaron en los primeros siglos de la Iglesia la Tebaida de Anacoretas, siguiendo su ejemplo en todas edades infinidad de religiosos, y mereciendo algunos por sus virtudes en grado heróico, ser colocados en el catálogo de los Santos, y venerados en nuestros altares.

El Evangelio declara una guerra continúa á las pasiones del hombre, y prohíbe cuanto se opone á su santificacion. Las virtudes que nos manda observar, eran un lenguaje desconocido á la antigüedad: el perdon de las injurias y perdonarlas siempre; el amor, á los enemigos, y amarlos tanto como á sí mismo: su ley es la del amor. Aparta el corazon del hombre de los bienes terrenos, y nos inspira confiarnos en la Providencia. Nos prescribe la templanza y la limosna; la sencillez y la humildad; la sumision y la obediencia á las autoridades. Prohíbe la hipocresia, el orgullo y la avaricia. No solo es su objeto dirigir las acciones y los discursos, quiere descender y penetra hasta lo interior de las almas, para arreglar sus deseos y sus pensamientos, ¿no es en esto en lo que se muestra efectivamen-

te divino? Es digno de aquel que juzga por la realidad, apreciar al hombre por sus disposiciones interiores, y colocar en sus afectos el asiento de las virtudes y vicios. Profundamente conocia el corazon del hombre el que para cortar los vicios en su origen, prohibió hasta el pensamiento voluntario y advertido sobre un objeto malo. «*Non concupisces*» no codiciarás. La práctica de las virtudes cristianas, como la mansedumbre, paciencia, perdon de las injurias, pureza de costumbres, exige vigilancia, esfuerzos y combate. Es cierto, Excelentísimo é Ilustrísimo Señor: la ley del Evangelio es ley de sacrificios. Si procede de Dios, es preciso que mande lo mas laudable, lo mas hermoso y mas grande. ¿Y en dónde se halla la belleza moral, el mérito y la heroicidad de las acciones, sino en las victorias del hombre sobre sus inclinaciones, es decir, en los sacrificios? Tal es el sentimiento del género humano, y así lo confirman memorables ejemplos. Se admira entre los Griegos á Sócrates, tendido en el lecho de la muerte, tomando con mano firme la copa envenenada, y consolando á sus amigos afligidos, con la serenidad de una alma poseida de sí misma; se admira entre los Romanos, á aquel Fabio, que desprecia la imputacion de pusilánime, y destruye por su prudencia á un enemigo que no hubiera vencido por la espada. ¿Y qué hay de hermoso en todo esto? Es cierto que no se hallaría mérito alguno, si no descubriésemos un esfuerzo difícil, un sacrificio.

La moral evangélica ha perfeccionado la sociedad doméstica. El paganismo, para conservar la paz en la familia, ampliaba escesivamente el poder paternal, y la doctrina cristiana ha reemplazado el temor con la persuasion, y la autoridad paternal sin dejar de ser firme, ha perdido lo que tenia de feroz, y la madre cristiana ya no tiene la crueldad de las de Lacedemonia. En los pueblos mas civilizados, los Griegos y los Romanos, estaban autorizadas la esposicion y muerte de los recién nacidos, y aun mandadas por las leyes en determinados casos; la Religion cristiana, como tierna madre, ha extendido su protec-

cion á esas inocentes criaturas, y ha hecho ver un crimen enorme, donde los legisladores de la antigüedad solo veían una medida política. La poligamia y el divorcio estaban generalmente adoptados, no obstante que causan rivalidades sangrientas, debilitan el afecto del esposo, y no presentan con frecuencia sino esposas oprimidas; y la moral cristiana coloca al matrimonio en su unidad primitiva, y estrechando el lazo conyugal, destruye lo que mas contribuía á la tiranía del esposo, y envilecimiento de la esposa. Desvanece para siempre las preocupaciones contra la mujer: igualada con el varón en la unidad de origen y destino, y en la participacion de los dones celestiales, considerada tambien como hija de Dios y co-heredera de Jesucristo, como compañera del hombre, no como esclava, ni como vil instrumento, segun la tenia la filosofía y literatura gentil, la moral evangélica ha protegido á la mujer, ha dulcificado su suerte, dándole tantos derechos y dignidad en la familia.

El Evangelio ha ejercido su influjo en las clases mas numerosas de la sociedad, que son los pobres y los desgraciados. Los Griegos y los Romanos son celebrados por las letras, artes y civilizacion: consiguieron con su prevision desterrar la vagancia y la mendicidad útiles para el trabajo; pero sus leyes no se ocuparon de cuidar de los miserables que ningun servicio podian prestar. La moral evangélica despliega desde su origen el espíritu de caridad que le anima y vivifica, que brilló en ella aun en medio de las persecuciones, y estiende su mano benéfica á esa multitud de asilos por ella establecidos á la indigencia y á la desgracia, no habiendo necesidad é infortunio á que no haya estendido su paternal solicitud. Ha cobijado bajo su seno á esa multitud de niños abandonados, y ha tenido para ellos entrañas de verdadera madre: ella es la que derrama la piedad, juntamente con el valor mas noble en el corazón de esas hijas de la Caridad, dispuestas á ejercer su instituto, á cuantas partes las llama el grito de la desgracia. La moral evangélica es el alma secreta de esas asociaciones que visitan

los asilos de la miseria, que descienden á los calabozos, que instruyen al ignorante, y parecen tienen consuelos para todos los dolores y auxilio para todas las necesidades.

Y con sus ideas grandiosas sobre la dignidad del hombre, y con su espíritu de caridad, ha abolido entre los pueblos cristianos la esclavitud. La raza de los esclavos, segun el gentilismo, era una raza vil, que no se levantaba al nivel de la de los demás hombres libres; era una raza degradada por el mismo Júpiter, y destinada ya de antemano á ese estado de abyeccion y de vileza; y cuando los paganos no estaban obligados por sus leyes á mirar á sus esclavos como hombres, el Evangelio levanta la voz, y en las primeras palabras que pronuncia sobre los esclavos, los declara iguales en dignidad de naturaleza á los demás hombres, manda á los cristianos que los tengan como hermanos, y de este modo la caridad evangélica debilita primero insensiblemente, y rompe luego entre los pueblos que regenera aquel yugo humillante que pesaba sobre una gran parte del género humano.

Si la religion cristiana, considerada en sus dogmas y moral, es sublime y santa, lo es tambien en su culto. Esta es la expresion visible del dogma y de la moral; es el signo de las ideas religiosas y morales, es una série de cuadros que presentan á la vista las doctrinas que se creen, y los preceptos que se observan. El hombre penetrado de amor y respeto á la Divinidad, le tributa culto y homenaje, y no siendo un puro espíritu manifiesta tambien á su Dios su adoracion con signos sensibles, con altares, con oraciones, ceremonias y cánticos sagrados. En todos los pueblos civilizados se encuentran templos, reuniones religiosas y ceremonias sagradas. Ese culto varia segun la diversidad de creencias, de carácter y del genio particular; pero dirigidos por un sentimiento comun, adoran á la Divinidad con ritos sagrados, que son el símbolo visible de su doctrina y de sus sentimientos.

Los edificios que sobresalen en los pueblos cristianos, son

los templos: no son el palacio del placer y de la opulencia; á su vista se escita en el alma ideas piadosas, y penetrando en ellos, se cree haber trasportado á un lugar inaccesible á la confusion del siglo, y á las agitaciones de la vida humana. En ese templo descubrimos la piscina saludable, en donde se purifica el niño recién nacido, y nos recuerda fuimos consagrados al Padre Omnipotente; allí está la cátedra de verdad, de donde baja la palabra que ilumina los entendimientos y conmueve los corazones; la mesa sagrada á la cual el padre de familias convida á sus hijos para alimentarlos con el pan celestial. En él se descubre la cruz, ese monumento visible del amor inmenso de Jesucristo á los hombres, epilogo misterioso de toda la Religion. Las artes hermosean su sagrado recinto: la religion inspiró á Miguel Angel, á Rafael, el Pusino y Rudbens, sus obras tan justamente celebradas, y á ella han debido las artes la mayor parte de su gloria. Mueven los corazones de los fieles, esas imágenes que representan la Historia de Jesucristo y de sus tiernos misterios, la adoracion de los pastores y magos; la Magdalena llorando á los pies de aquel que busca las almas extraviadas; Jesucristo bendiciendo y acariciando á los niños en la efusion de su bondad, ó muriendo con los brazos abiertos para abrazar al género humano en su amor. Esas pinturas de los héroes cristianos, que han honrado á la Iglesia con sus virtudes y valor, nos escitan á imitarles en su vida ejemplar.

En las festividades religiosas manifiesta tambien su sublimidad la doctrina evangélica, y la superioridad de su culto sobre el paganismo. Este tenia fiestas; pero infames ó crueles como sus divinidades á que se dirigian. En el templo mas magnífico del mundo, el de los Judíos, el órden y la pompa de las ceremonias, la magestuosa dignidad del Sumo Sacerdote y de los levitas, la armonia de los himnos con que se alababa al Dios verdadero, y los prodigios de su poder y bondad, todo era á propósito para elevar las almas; pero en ese templo los sa-

crificios eran cruentos, no ofrecian en holocausto al mismo Dios hecho Hombre, no tenian sacramentos que confriesen por si mismos la gracia, y todo su culto era una figura que habia de tener su realidad en el cristianismo. En sus festividades, en ese dia de descanso, por excelencia del Señor, el artista abandona su taller, el labrador deja su arado, el literato suspende sus estudios, y en una superficie dilatada, todo se agita á un tiempo en los pueblos y en las ciudades y los ancianos y los niños, y los ricos, y los pobres todos acuden al templo. Cuanto se vé y se oye debe escitar impresiones agradables: allí los cánticos graves y puros; las ceremonias tiernas, el aparato augusto, el recogimiento y el silencio penetran las almas, y las convidan á la meditacion: allí se apaciguan las pasiones, y avivándose la idea de la Divinidad, obliga al vicio á avergonzarse, reanima la virtud, consueta la desgracia, y prepara al hombre á los afectos de amor, al olvido de las injurias y al cumplimiento de los deberes. Allí se ven y se enlazan las familias, se afirman las relaciones, se dulcifican las costumbres, se suavizan y civilizan los pueblos mas rústicos, y esos días consagrados á los misterios de nuestra Religion, son los mas preciosos de la vida del cristiano.

La magestad y ceremonias sagradas de nuestro culto, no son solamente un espectáculo para la vista, se dirigen en todas sus partes á perfeccionar al cristiano y á recordarle su creencia y sus deberes: no hay dogma ó precepto que no esté representado y hecho sensible en el culto público. Ese signo venerable que el cristiano imprime con frecuencia en su rostro y pecho, le recuerda los misterios de la Redencion y de la Trinidad: el Santo Bautismo con sus ceremonias, supone el pecado original, y el culto de los Santos se enlaza con el dogma de la inmortalidad del alma; la oracion por los difuntos supone las penas expiatorias para aquellos que no han satisfecho plenamente la justicia divina, y la oracion supone tambien una Providencia solícita que vela sobre nosotros y la necesi-

dad que tenemos de su divino auxilio. Las lecciones y ejemplos de Jesucristo nos las representa la Iglesia en la celebracion de sus misterios. Tal es la admirable concordia de todas las partes de la Religion cristiana, que es la doctrina mas sublime de verdad y santidad.

Hé dicho.

Madrid 28 de enero de 1860.

Manuel Diez y Poyo.



The first part of the document is devoted to a general description of the project and its objectives. It is followed by a detailed account of the work done during the period covered by the report. The results of the work are then presented, and a conclusion is drawn from the findings.

The second part of the document is devoted to a detailed description of the work done during the period covered by the report. It is followed by a detailed account of the work done during the period covered by the report. The results of the work are then presented, and a conclusion is drawn from the findings.

The third part of the document is devoted to a detailed description of the work done during the period covered by the report. It is followed by a detailed account of the work done during the period covered by the report. The results of the work are then presented, and a conclusion is drawn from the findings.

The fourth part of the document is devoted to a detailed description of the work done during the period covered by the report. It is followed by a detailed account of the work done during the period covered by the report. The results of the work are then presented, and a conclusion is drawn from the findings.

The fifth part of the document is devoted to a detailed description of the work done during the period covered by the report. It is followed by a detailed account of the work done during the period covered by the report. The results of the work are then presented, and a conclusion is drawn from the findings.

The sixth part of the document is devoted to a detailed description of the work done during the period covered by the report. It is followed by a detailed account of the work done during the period covered by the report. The results of the work are then presented, and a conclusion is drawn from the findings.

The seventh part of the document is devoted to a detailed description of the work done during the period covered by the report. It is followed by a detailed account of the work done during the period covered by the report. The results of the work are then presented, and a conclusion is drawn from the findings.

The eighth part of the document is devoted to a detailed description of the work done during the period covered by the report. It is followed by a detailed account of the work done during the period covered by the report. The results of the work are then presented, and a conclusion is drawn from the findings.

The ninth part of the document is devoted to a detailed description of the work done during the period covered by the report. It is followed by a detailed account of the work done during the period covered by the report. The results of the work are then presented, and a conclusion is drawn from the findings.

The tenth part of the document is devoted to a detailed description of the work done during the period covered by the report. It is followed by a detailed account of the work done during the period covered by the report. The results of the work are then presented, and a conclusion is drawn from the findings.

